

México, capital deshumanizada

17-ABRIL-1980

Ciudadanía

OR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

Se conoce de sobra el fenómeno de deshumanización provocado por el hacinamiento urbano. Se convirtió ya en un lugar común de los medios de información el reportaje que muestra palmariamente la falta de solidaridad imperante en las grandes ciudades: una mujer aparece atada, con la ropa en desorden y dando señales de angustia, a un poste en el Anillo Periférico, pongamos por caso. Los conductores de vehículos que por ahí transitan la mirarán con curiosidad o miedo, y seguirán su camino, temerosos de al menos meterse en complicaciones. Transcurrirá mucho tiempo antes de que algún despistado comprenda la necesidad de prestar ayuda a la mujer en apuros y detenga su automóvil para auxiliarla. Casi por milagro se encuentra un individuo capaz de abandonar sus propios asuntos para ocuparse de otros, que en apariencia no le conciernen.

Eso es cierto aquí y en todas las grandes ciudades. La lucha por la supervivencia nubla las emociones vitales que hacen a los hombres identificar en los demás a sus semejantes, a sus iguales, a sí mismos. Hechos nimios corroboran que la deshumanización corre pareja al proceso de urbanización. Recorre usted las veredas en el campo mexicano y cada persona, sobre todo los de mayor edad con quien usted se encuentre le brindará el saludo, sin importar que sea usted un desconocido. En cambio, no es infrecuente la situación de vecinos de un mismo edificio que jamás cruzan palabra entre sí, ni siquiera para decirse los buenos días, a pesar de la inmediatez de sus ámbitos vitales.

Estas elementales nociones de sociología doméstica, verificables por cualquiera, ilustran un primer obstáculo al que se enfrentó, la semana pasada, el tímido, o amañado, proyecto electoral puesto en marcha por las autoridades de la ciudad, para dar la apariencia de que los ciudadanos pueden participar en el gobierno de la capital, más allá del ingenuo sofisma propuesto por el diputado Joaquín Álvarez Ordóñez, quien afirmó que los habitantes de la ciudad de México sí tienen el derecho de elegir a su gobernante, pues el encargado de regir al Distrito Federal es el propio presidente de la República. Ese primer obstáculo, que con toda evidencia no pudo ser traspuesto, es la falta de solidaridad entre vecinos.

Las cifras preliminares reportadas por el propio Departamento del Distrito Federal, al concluir la jornada electoral del miércoles de la semana pasada son brutalmente indicativas de ese hecho. De 34,849 manzanas en que debían haberse elegido representantes, eso ocurrió realmente sólo en 3,124, que representa menos del nueve por ciento del total. Conforme a las estipulaciones de la convocatoria respectiva, una segunda vuelta tendría que efectuarse el viernes siguiente. Aunque por razones técnicas sea necesario escribir estas líneas con anterioridad a ese día, no resulta descabellado estimar que el índice de participación no crecerá mucho, pues la ausencia en el

primer día denota un clima general de apatía que no podrá ser vencido de la noche a la mañana.

Por supuesto, esta apatía no es sólo causada por las condiciones de la vida urbana. En la generación de esa actitud ha sido causa central la deliberada intención de poner a los capitalinos al margen de los asuntos públicos más inmediatos. Desde hace más de cincuenta años en que se suprimió el régimen municipal, los habitantes de la ciudad de México carecen de derechos políticos de los que formalmente disfrutaban el resto de los ciudadanos mexicanos. Ello ha provocado negligencia en buena parte de la población, pero también ha despertado en otra un vivo interés por hallar formas de agrupamiento que haga a los ciudadanos sentirse menos en estado de indefensión que actuando individualmente. Ambas encontradas situaciones, entre otras circunstancias, forzaron al gobierno federal a idear fórmulas de participación ciudadana que, al mismo tiempo que induzcan a los residentes en esta ciudad a participar, mitiguen las formas espontáneas y populares de organización, que con frecuencia escapan al control de las autoridades. Por ello se resolvió crear los órganos de colaboración vecinal, cuya integración se dispone de tal modo que den la apariencia de que el público está representado y al mismo tiempo evite los riesgos de la verdadera representación.

Citemos dos ejemplos de lo por lo menos molesto que sería para el gobierno capitalino enfrentar los reclamos de órganos vecinales verdaderos, capaces de hacerse oír. Se trata de situaciones en extremo alejadas entre sí, tanto por la naturaleza del problema correspondiente como de la posición social de quienes protagonizan cada uno de los casos. Por un lado, la junta de vecinos de la delegación Miguel Hidalgo reprochó la semana pasada al gobierno de la ciudad la emisión de varios acuerdos que modifican, ilegalmente según la junta, el uso del suelo en las Lomas de Chapultepec. Hagamos notar, de paso, uno de los riesgos de la organización comunitaria expresado en esta protesta: en una delegación donde contrastan colonias paupérrimas, como la San Juanico, con otras opulentas, es el interés de éstas y no el de aquéllas el que resulta promovido públicamente, como si las primeras carecieran de problemas. Sin embargo, lo que resalta es la capacidad de denuncia de este organismo, encabezado no por ningún disidente del sistema, sino por el arquitecto Rafael Norma, que hará unos quince años fue presidente de un grupo cenopista, es decir afiliado al PRI, denominado Arquitectos Revolucionarios de México.

En el otro extremo están los colonos de San Lázaro. Como se recuerda, se ha concebido el proyecto faraónico de construir un palacio legislativo en terrenos de la antigua estación ferroviaria del oriente de la ciudad. El proyecto sería discutible desde muchas vertientes, desde la que con amarga ironía cuestionara para qué